

Mario Caciagli,
**Clientelismo, corrupción
 y criminalidad organizada**
 Centro de Estudios
 Constitucionales, Madrid, 1996

Clientelismo, corrupción y criminalidad organizada son términos que suelen definirse confusamente. La recurrente presencia de estos fenómenos en la política, tornan necesario el análisis que establezca las diferencias, similitudes y modos de operación de estas formas que adoptan las relaciones sociales y políticas.

La intención principal de Caciagli es la de lograr una conceptualización que permita ubicar el papel de estos fenómenos en los sistemas políticos. Es una síntesis de la investigación y discusión ocurrida en Italia acerca de la incidencia de la corrupción, el clientelismo y la criminalidad organizada entre las décadas de 1980 y 1990. Su análisis de estos factores “perversos” en el sistema político, privilegia un enfoque de cultura política.

Almond y Verba (1963) en su conocida contribución definieron el concepto de cultura cívica como el choque entre moderniza-

ción y tradición, que da como resultado una combinación de razón y sentimientos que se orientan hacia la construcción de un orden democrático. De allí que la consecuencia sea que los grupos dirigentes y los ciudadanos comunes compartan metas y valores.

Distanciándose de las posturas clásicas de Almond y Verba que conceptualizaron como cultura política las actitudes y orientaciones de los individuos ante la política, Caciagli propone un acercamiento que considera a la cultura política como una red de relaciones. Por eso, no se trata solo de opiniones. Así, para este autor, la cultura política se sostiene “en ideas y valores, en símbolos y normas, en mitos y ritos compartidos por una comunidad que forjan una mentalidad. Se expresa en comportamientos concretos y reiterados, en redes de estructuras materiales o psicológicas que elaboran y transmiten esa cultura, que no es un abanico de creencias, sino un código simbólico que adquiere sentido en un contexto social y que guía y condiciona el pensar, el actuar y el sentir de los actores políticos” (Caciagli 1996: 14). Pero la cultura política no opera sobre el vacío, sino que interacciona con relaciones sociales y económicas en circunstancias espaciales e históricas. Esta definición se emparenta con aquella de mentalidades de la escuela de los *Annales*. Se pueden también percibir lejanos ecos gramscianos. Se trata pues de una vertiente cualitativa de análisis.

Para Caciagli, el clientelismo en sus formas vertical u horizontal, constituye una cultura política. Son de interés sus consideraciones sobre el clientelismo horizontal expresado en partidos y organizaciones. Aparece así el partido de masas clientelar. El clientelismo es muy importante tanto para garantizar las relaciones centro-periferia en las estructuras estatales, como en los ámbitos locales de poder. La amplia bibliografía producida dentro y fuera de Italia, se ha centrado en el sur italiano, región que ha mantenido rasgos de atraso económico y fuerte intervención estatal.

Aunque el clientelismo, al utilizar recursos públicos derivados hacia fines privados pueda producir corrupción, Caciagli insiste en dife-

renciar el clientelismo de la corrupción. Y si ocasionalmente la corrupción se vincula con actos criminales, se debe también diferenciar la corrupción de la criminalidad. El clientelismo es una cultura política, aunque no tenga estructuras estables y visibles. Como cultura tiene lenguajes, ritos, valores y comportamientos concretos y reiterados. Su anclaje histórico en la sociedad meridional alude además, a códigos culturales profundamente enraizados.

Mientras el clientelismo sí ha sido objeto de reflexión teórica, no ha ocurrido lo mismo con la corrupción política. Ha predominado un tipo de acercamiento periodístico o anecdótico. Los escándalos de corrupción de la década de 1990 que incidieron en una brutal crisis del sistema político italiano, han permitido una mayor preocupación en las Ciencias Sociales.

La síntesis que surge de la discusión, señala la existencia del secreto, la ilicitud, la violación de las normas y el intercambio por dinero que se hallan presentes en la corrupción. Por otra parte, se trata de actos que ocurren en un nivel horizontal. La corrupción tiene una causalidad de largo y corto plazo que entre otros factores, se halla en la intervención estatal, la crisis de los partidos y el nuevo espíritu de los políticos profesionales. La descentralización del Estado, finalmente, multiplica los espacios susceptibles de prácticas corruptas.

Estableciendo una diferenciación, el vínculo clientelar es predominantemente vertical, mientras que el vínculo de la corrupción es horizontal. Aunque las dos son relaciones de intercambio, el vínculo clientelar ocurre entre desiguales, en tanto que el contrato de corrupción es un convenio entre iguales. Además, el intercambio clientelar es político, a diferencia de la corrupción que es un intercambio mediado por el dinero. No resulta lo mismo el intercambio de decisiones administrativas por votos que el intercambio de dinero por contratos y licitaciones públicas.

La presencia histórica de la corrupción en Italia, apuntaría a que ésta se halla anclada en

la cultura italiana, o que forme parte de la cultura política. Señala Caciagli, que la corrupción es un fenómeno que “está fuera de una cultura”. Y no sería una cultura política porque nunca llega a formar un código simbólico ni se convierte en una experiencia colectiva a pesar del número de actores. Pueden existir redes, pero no un sistema cultural, y el involucramiento de los actores es fundamentalmente individual. De modo que la corrupción al ser una manera de actuar, es el medio y no la substancia de una cultura política.

El análisis de la criminalidad organizada, endémica también en el sur italiano, tampoco cuenta con una sólida teorización en las Ciencias Sociales. Tres organizaciones criminales: la camorra napolitana, la mafia siciliana y la 'ndrangheta calabresa, con específicas implantaciones regionales, han estado involucradas en relaciones con la política local y actos de corrupción. Con diferencias resultantes de sus trayectorias, estas organizaciones criminales, terminaron siendo parte de los escenarios políticos locales, y hasta penetraron en las estructuras estatales. Se estima que en sus áreas de influencia, las tres estructuras criminales llegaron a influenciar en alrededor de un 10% del electorado.

La pervivencia de la mafia siciliana muestra cómo una estructura criminal puede sobrevivir en diversos períodos históricos. Muestra así mismo, el hecho de que hubiese sido en su origen una estructura privada resistente a la penetración del Estado que reforzaba actitudes de rechazo a las estructuras estatales en la población y las redes bajo su influencia. Pero el hecho notable en la historia de la mafia siciliana, fue su compenetración con políticos regionales y nacionales. Esto es lo que explicaría su tolerancia hacia los años 80 del siglo XX.

Las organizaciones criminales tienen sus códigos de honor, rituales y valores que les permiten funcionar con coherencia. Sobre todo en el caso de la mafia siciliana, su influencia en los comportamientos políticos y la cotidianeidad, conducirían a ver que la cultura mafiosa es una cultura política. Como afirma

Caciagli: “Estamos frente a una cultura política, porque ideas y valores, símbolos y normas, mitos y ritos, compartidos por una comunidad, influyen sobre su comportamiento político y sobre su actitud frente a las instituciones, regulando en suma su manera de vivir la política” (Ibid.: 125).

Todo el esfuerzo por diferenciar conceptualmente el clientelismo, la corrupción y la criminalidad organizada, se encuentra constantemente con su superposición. Así, la criminalidad organizada puede alimentar prácticas clientelares y estar involucrada en actos de corrupción. Hay sin embargo, una frontera que separa el clientelismo como tal, en tanto éste no es un acto ilícito, mientras que la criminalidad opera justamente en la trasgresión de la Ley.

La argumentación central de Caciagli radica en relacionar las prácticas y estructuras sociales como culturas políticas en tanto interactúan con el sistema político. Tienen además, una localización espacial. En este sentido, no se debe perder de vista otra tradición interpretativa italiana que estuvo centrada en la identificación de las subculturas políticas roja y blanca, con referencia al arraigo de comunistas y demócratacristianos en determinadas regiones y contextos socioeconómicos (Bagnasco 1997). Y como la cultura política es dinámica y procesada por actores políticos, el fenómeno de la Liga Norte en las dos últimas décadas del siglo XX, presenta la aparición de un nuevo comportamiento que atraviesa a las clases medias, trabajadores y pequeña empresa (Aguilera de Prat 1999), y movilizaba un sentimiento identitario regional concentrado en el norte italiano. También la publicitada contribución de Putnam (1993), analiza las condiciones de éxito de los gobiernos locales del centro de Italia, introduce el tema del capital y la confianza como los ejes de la cultura política (el compromiso cívico).

En un breve artículo, Joan Botella (1997)

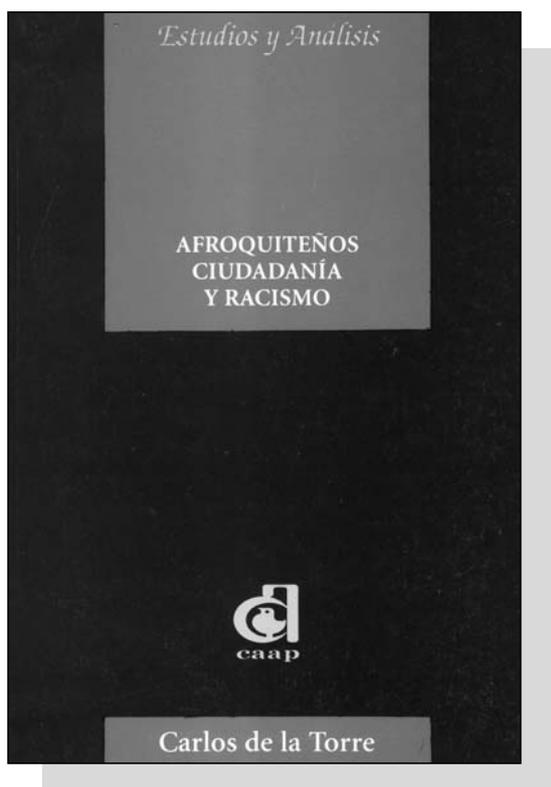
revisa los usos del concepto de cultura política, y sugiere retomar la contribución de Gramsci. En efecto, el concepto gramsciano de hegemonía, al involucrar la complejidad de los actores de la sociedad civil y las formaciones culturales de las clases populares, pone una base para los estudios de cultura política. Mientras Gramsci goza de atención en el ámbito internacional, en Italia es un pensador poco frecuentado.

Este libro, situado en una vertiente cualitativa de los estudios de cultura política, con su agudo recorrido en los debates italianos sobre clientelismo, corrupción y criminalidad, promueve también una manera de comprensión desde un enfoque politológico. Un aporte que no descuida lo interdisciplinar, y entabla un diálogo con la Antropología y la Historia.

Hernán Ibarra

Bibliografía

- Aguilera de Prat, Cesáreo, 1999, *El cambio político en Italia y la Liga Norte*. Madrid: CIS.
- Almond G. y S. Verba, 1963, *The civic culture. Political attitudes and democracy in five nations*, Princeton University Press, Princeton.
- Bagnasco, Arnaldo, 1997, “Italia: cambio social en tiempos de cambio político”, en *Sociología del Trabajo* N° 31, Madrid, pp. 85-120.
- Botella, Joan, 1997, “En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos”, en P. del Castillo e I. Crespo (editores), *La cultura política*, Tirant lo Blanch. Valencia.
- Putnam, Robert, 1992, *Making democracy work. Civic traditions in modern Italy*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press.



Carlos de la Torre

Afroquiteños, ciudadanía y racismo

Centro Andino de Acción Popular,
Quito, 2002

A paso lento pero firme, las reflexiones sobre el tema del racismo en el Ecuador van adquiriendo una mayor importancia teórica, paulatinamente presentan consistencia y solidez metodológica, atraen una relativa atención gubernamental y generan el interés político por parte de varias entidades no gubernamentales, organizaciones éticas y de derechos humanos que se esfuerzan por visibilizar este problema en una sociedad como la nuestra, que se ha caracterizado por permanecer adormecida, hipócrita e indiferente frente a una realidad con marcados signos racistas que curiosamente han sido negados por muchos años.

La obra de Carlos de la Torre debe ubicarse en este duro y revelador contexto que nos demuestra la variada existencia de los ocultos

intersticios sociales donde se produce el racismo. Para lograr este propósito utiliza distintas entradas explicativas, muchas de ellas asumidas como lugares comunes en la interpretación de las acciones racistas, se trata básicamente de la serie de prejuicios y el déficit educativo de la población, que sin ser menos importantes, constituyen un componente fundamental para entender la ideología “racialista” como diría Todorov¹. Otras entradas, en cambio, aparecen novedosas y motivadoras cuando se las relaciona con los ámbitos culturales y las prácticas racistas concretas en la interacción cotidiana, situaciones que son parte esencial del sistema de poder que naturaliza, regula y racionaliza las relaciones desiguales de poder.

Desde esa perspectiva, el análisis de la estructura racial de Quito y los espacios e instituciones de la esfera pública, aparecen como la dimensión privilegiada que da cuenta de las interacciones desiguales, estigmatizaciones, impugnaciones y resistencias producidas en el mundo de vida cotidiana de los actores afroecuatorianos. De ahí que la reflexión sobre las características del racismo antinegro que se genera en esas instancias, sea vista también como un campo fundamental donde se multiplican los códigos simbólicos racistas del sistema de dominación y opresión al que están sujetas las identidades negras.

Un primer aspecto clave del texto es la desmitificación de la procedencia rural y geográfica del negro. Romper con el imaginario blanco, mestizo y ciudadano, elaborado durante décadas, de que sólo existen negros en Esmeraldas o en el Chota, representa, en sí mismo, un acto disruptor de las representaciones de la “nación” ecuatoriana que han legitimado en el terreno ideológico y práctico las jerarquías discriminadoras basadas en la naturalización, inferiorización e incivilidad de la gente negra. De estos aspectos se da cuenta en los análisis de los espacios institucionales como la Policía, la escuela que reproduce pautas

¹ Todorov Tzvetan. *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI, México, 1991.

violentas y en los ámbitos laborales de la ciudad donde proliferan asociaciones perversas de lo negro con la criminalidad, prostitución y marginalidad.

La segunda clave está relacionada con el análisis de las prácticas paternalistas y corporatistas de las instituciones y de la sociedad en su conjunto. Acertadamente se observan las estrategias con las que los grupos discriminados conllevan su situación con base en una lógica de adaptación y resistencia. Precisamente, la puesta en escena de este tipo de comportamientos –que no son exclusivos de los afroecuatorianos–, nos permiten diferenciar el corporatismo –estatal o privado– como práctica que privilegia el acceso de personas o grupos a determinados recursos, y el paternalismo como una condición civilizatoria que trata de redimir al negro en determinados contextos de vinculación personal con los pobladores blancos y mestizos, para en ese acto, reproducir la condición de subordinación en la que están atrapados.

Con este trasfondo de por medio, resulta difícil pensar en la construcción de una ciudadanía multicultural que desfigure ese otro imaginario de ciudadanía diseñado por la democracia liberal. En este sentido, no hay que perder de vista que los procesos de acción colectiva que pretenden impulsar una política de discriminación positiva, también han caído en la trampa del “deber ser” expresada en una serie de normativas y arreglos constitucionales basados en el derecho, que en la práctica cotidiana y en los espacios públicos

no se cumplen. Y ésta es una característica que atraviesa no sólo a las identidades negras o indias, sino que está difuminada en todo el espectro de la cultura política ecuatoriana.

Finalmente, coincido con el autor del trabajo respecto a las limitaciones metodológicas derivadas del tipo de entrevistados y entrevistadas. Seleccionar principalmente a personas con cargos dirigentes o pertenecientes a grupos organizados de acción colectiva, no solamente reduce el espectro interpretativo de esas “otras voces” –los afroecuatorianos más pobres– que sin lugar a duda son la mayoría, sino que vuelve autoreferente el discurso impugnador del racismo que de alguna manera ha sido cooptado “oficialmente” por las prácticas clientelares y corporativas analizadas en la obra. En todo caso, ese tipo de limitaciones que son asumidas como parte del juego discursivo de la “sobrerepresentación” identitaria, no reduce para nada la riqueza investigativa del autor que nos brinda un gran esfuerzo por encontrar la unidad empírica y teórica del racismo. El reconocimiento de su doctrina, los prejuicios, la discriminación, la segregación, la exclusión, el tipo de racionalidad que está implícito en las acciones y la violencia simbólica, entre otros, deben ser vistos como formas específicas que conforman el espacio empírico del racismo y ayudan a delimitar el objeto y la naturaleza de su relación con el poder dominante.

Fredy Rivera Vélez